

El mexicano en tiempos de crisis

Entre la desesperanza aprendida y el pesimismo permanente

ALEJANDRO TOLEDO

Una promesa fechada de ingreso al "primer mundo" que no se cumplió, la guerra en Chiapas, los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu, el camino cerrado a la democracia, la devaluación del peso de diciembre de 1994, la incertidumbre política y económica... Todos estos ingredientes parecen conformar un complejo cuadro negativo de "salud social" que está por ser dilucidado. Psicólogos sociales y psicoanalistas exponen aquí sus ideas en torno a la relación entre la difícil realidad económica y política, y la psicología del mexicano. Coinciden en que el aparato publicitario del sistema durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari creó una ficción de "bienestar" que la realidad del país ha ido desmintiendo puntualmente. Este choque generó una intranquilidad social y emocional profunda, de la que se tienen ejemplos claros todos los días. El término "desesperanza aprendida" que aplican algunos psicólogos sociales a toda la sociedad mexicana (aunque otros lo ubiquen sólo en la clase media), parece romántico ante una casi neurótica vida cotidiana, pero los síntomas son ciertos: inquietud, fatiga, desasosiego, palpitaciones, resequedad de boca y cambios mentales, la sensación de estar metido en un hoyo, estar atorado, de no ver salidas...

Una sola pregunta —¿la crisis económica y política crea entre la gente común un estado emocional de excepción?—, provoca entre psicoanalistas, psicólogos y psicólogos sociales consultados, las más diversas respuestas.

"Técnicamente el fenómeno del que se puede hablar a partir de la crisis es el de 'desesperanza aprendida' —dice Benjamín Domínguez Trejo, de la Facultad de Psicología de la UNAM—, que es un síndrome, es decir un conjunto de síntomas y malestares que se presentan modularmente; en este caso, los síntomas son cambios físicos, inquietud, fatiga, desasosiego, palpitaciones, resequedad de boca y cambios mentales, que es la sensación de estar metido en un hoyo, estar atorado, de no ver salidas.

A este cuadro se le conoce como desesperanza, pero la desesperanza aprendida es algo más: le ocurre a una persona cuando ha ensayado casi todas las soluciones que aprendió en su vida para salir de una situación de conflicto, y no le resultan. Entonces cae en la inmovilidad fundamentalmente de tipo mental, se deja, se abandona".

Elsa Conde, psicóloga social que trabaja en la Asociación Popular de Integración Social (Apis), organismo no gubernamental, cree que para los sectores populares el fenómeno de profundización de la crisis no se inicia en 1994, viene de 1982. La gente con la que ha trabajado, dice, está puesta en crisis desde hace mucho tiempo. Por eso no hay una vivencia

del estado de bienestar que significó el salinato. "Creo que hay sectores más afectados emocionalmente por la crisis actual, como el sector medio. Ahí sí fructificó esa ficción que fue el poder adquirir bienes por medio de crédito; además, la sobrevaluación del peso permitió creer que esa ficción era realidad. Entonces el desencanto, la desesperanza de que pueden hablar otros psicólogos, se centra más en sectores medios, no en sectores populares para los que la crisis ha sido permanente. Si queremos hablar de un 'estado de ánimo' creo que es diferenciado. Los sectores medios son los más afectados por la crisis actual, pues ahí se crea una ficción de bienaventuranza con el salinato y después, con el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y las elecciones de 1994, la ficción de que la sociedad mexicana va a cambiar de la noche a la mañana. Las realidades de los sectores medios y los populares son muy distintas, hay una vivencia del tiempo distinta. No es lo mismo vivir en el presente, en el aquí y el ahora, preocupándose del gasto de hoy y máximo del de mañana, a estar planeando las vacaciones de diciembre o la salida del próximo fin de semana o las ganancias del mes. Son tiempos distintos. No hay comparación".

Juana Juárez Romero, psicóloga social del plantel Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, para responder toma como punto de apoyo tres investigaciones en las que ha participado: La nación mexicana: opiniones en torno al sistema político en los habitantes del DF (1988-1993); Imágenes en torno a la figura presidencial: el sistema político y el Tratado de Libre Comercio, y Opiniones, valores y representaciones sobre el EZLN, realizada esta última en colaboración con María Teresa Acosta Avila, Francisco Javier Uribe Patiño y María Irene Silva Silva. A partir de esos escritos, Juana Juárez da su versión de la crisis mexicana y sus efectos en la sociedad. Cuenta: "El inicio de la crisis sí puede ser fechado en enero de 1994. Algo que vemos en los estudios realizados es que de 1988 a 1993 la imagen del presidente crece; es decir, su prestigio como figura se va a la alza, mientras que la percepción sobre problemas de corrupción, deterioro del sistema político, violación de las leyes, se mantiene en un mismo rango del 70 por ciento en promedio de gente encuestada, con variantes de cinco puntos hacia arriba o hacia abajo. Llama la atención que mientras al sistema político no se le perciben mejoras, a la imagen del presidente sí. Hay varias posibles soluciones a este misterio. Una es que desaparece del vocabulario público el concepto de crisis, y se empieza a manejar la idea de que todo está bien. Hay un bombardeo de información: ya la estamos haciendo, vamos a entrar al primer mundo, etcétera. Nos dieron una imagen de país que se acababa cuando uno llegaba al mercado y a la hora de comprar el dinero no alcanzaba. La gente tuvo que ir moderando sus gastos, racionando sus consumos, y ahí es donde la crisis permanecía. En 1994 empieza otra vez a aparecer el concepto 'crisis', antes había desaparecido casi por decreto".

Para Juana Juárez, el año 1994 tiene la virtud de darle certezas al sujeto: sobre todo, de que la crisis antes percibida domésticamente es real y de todo el país. "En los hechos se corroboraba que las percepciones cotidianas no eran falsas, que a pesar de la publicidad había algo de verdad, que si estábamos mal económicamente no era por un problema de esfuerzo personal. El levantamiento en Chiapas le hace pensar a la gente que lo que le ocurre cotidianamente le está sucediendo a más de uno. Antes el sujeto permanecía en una situación de ambigüedad, pues la información oficial presentaba un país distinto al que se vivía en las casas y los mercados. Else encontraba con que la burocracia era la misma, la corrupción estaba a la orden del día, el narcotráfico igual, que había cosas inexplicables como la muerte del cardenal Posadas, como la muerte de Manuel Buendía (nadie creyó la

historia de que habían encontrado al verdadero culpable). Había elementos que lo obligaban a ver una realidad que no era la oficial ni la difundida por medios y publicidad. De hecho Salinas de Gortari mantuvo ese discurso positivo de 'aquí no pasa nada' hasta el final de su sexenio. Nosotros nos dimos cuenta de que sí pasaba y era muy grave, y lo hemos seguido comprobando a partir de que Zedillo asumió la presidencia".

Y más: "Los acontecimientos posteriores a los asesinatos de Colosio y Ruiz Massieu van corroborando en la percepción del sujeto cuestiones que tienen que ver ahora con la parte política. No quisiera ser pesimista pero me parece que hace falta un mayor desarrollo de la sociedad civil en lo político, pues siento que la gran desventaja que tiene frente a eso que corrobora y la necesidad que siente de manifestarse es la gran desinformación que pesa sobre ella, en la que no se sabe exactamente cuál puede ser la forma de participar de manera directa. Para la gente es importante saber si puede incidir o no en lo que está ocurriendo sin caer en el estigma de la violencia, que es una imagen muy trabajada en el sexenio de Salinas como sinónimo de oposición. Hay ahora algunas certezas del ciudadano que no sabe bien a bien cómo encauzar, por aquellos patrones de que los dominados han sido siempre dominados, de que la posibilidad de cambio ha sido siempre orientada por un líder (históricamente tenemos muchos nombres) y de que además haya una gran desinformación en torno a la esfera política, no en términos de los puestos sino de las dinámicas, de las formas de participación ciudadana y sus alcances".

—La guerra de Chiapas, los crímenes políticos, la devaluación del peso, ¿no crean un estado de ánimo peculiar en los sectores populares?

Responde Elsa Conde:

"Estos sectores viven en una incertidumbre constante. El ingrediente adicional a la incertidumbre es la violencia, como vivencia cotidiana, si (ahora en las familias hay más hombres que golpean a las mujeres), pero también como dimensión simbólica creada por los medios de comunicación: todo eso que te puede pasar si sales a la calle o si protestas. Por eso prosperó aquel lema de Zedillo, muy bien construido por Eulalio Ferrer: Yo voto por la paz.. Entre estos sectores populares encuentro fundamentalmente tres respuestas a la crisis: primero, la de aquellos que creen en la movilización social, como la Asamblea de Barrios; después, la de los que pretenden continuar en esa línea (que yo llamo conservadora) de la sobrevivencia y de la inmovilidad; la tercera se basa en cierta empatía con los movimientos de principios de siglo (el haber tenido un abuelo revolucionario, o que la familia se haya "levantado" entonces), y surge en el punto en que la gente no tiene nada que perder. Hay sectores muy radicalizados, que no están por la vía democrática, sino por la de las armas, de la violencia; dicen 'si hemos sido los jodidos de siempre y llegamos a un punto donde no tenemos nada que perder, nos la jugamos'. Esta tendencia de responder a la violencia con violencia a mí me asusta mucho".

Señala Juana Juárez: "Hay frustración en el ciudadano. Y esa frustración se puede convertir no sólo en violencia sino también en apatía, apatía a la vida familiar, a la vida en pareja, a la vida social... Pero no se debe olvidar que éste es un país de jóvenes. Les está tocando vivir un México muy difícil, pero son ellos los que más energía positiva pueden dar frente a un país no gris sino negro como el que tenemos. Las soluciones no las encuentro en el

gobierno sino en los partidos políticos de oposición o en los distintos grupos de la sociedad civil. Esas organizaciones civiles tienen ahora una presencia importante".

—¿Se puede aplicar este cuadro de la desesperanza aprendida de que usted habla a toda la población mexicana? —se le pregunta al psicólogo Benjamín Domínguez.

"Pienso que sí. Como especialista creo que las condiciones en las que estamos sí caracterizan una situación propiciatoria de un cuadro de desesperanza aprendida. Se tenían expectativas, sobre todo de mejoría material (y esto en varios niveles de la población, desde los asalariados hasta personas con recursos más amplios), porque la información oficial así lo marcaba. La desesperanza aprendida es uno de los cuadros más difíciles de revertir desde el punto de vista emocional, porque la persona realmente se abandona. Cuando esto ocurre con una población, la gravedad del asunto se puede estimar al notar algunos cambios o incrementos en los llamados 'indicadores de medición de la calidad de vida': consumo de drogas, intentos de suicidio en población cada vez más joven... La atención a los desahogos sociales es otro elemento que apoya el cuadro: en estas fechas es más fácil convocar casi con cualquier bandera a concentraciones muy grandes.

Muchas personas necesitan, y además les sirve, el poder manifestar a grito pelado que están a disgusto. El estado emocional predominante es el disgusto, la inconformidad, y aunque gritar, pintar paredes o incluso destruir instalaciones no va a transformar el estado de cosas, sí permite que las personas tengan un cambio en su estado emocional. Por otro lado, mi experiencia en la clínica que funciona en la facultad me lleva a percibir, además, que las presiones de tipo económico están contribuyendo de modo importante a la desintegración de las parejas y las familias.

Dice Domínguez Trejo: "Sentirse mal no está mal, es un estado normal del ser humano. Sentirse mal tiene un enorme valor adaptativo social y biológico. Estar triste o melancólico es el único estado en el cual una persona puede ser empujada a hacer un balance de su vida, una reflexión crítica. Pienso que tenemos que aprovechar este estado de desesperanza aprendida en sectores muy amplios de la población para que realmente se exprese la autocrítica, pues de ella salen soluciones adaptativas y creativas. Sí hay que lamentarse de la situación en que estamos, pero por otro lado hay que tomar en cuenta que la desesperanza aprendida es un motor social que no tiene límite de posibilidades".

—Aunque puede ocurrir que haya un endurecimiento del poder y que las reflexiones sociales no encuentren cauce en los medios informativos.

"Esto ya nadie lo para —afirma Domínguez. No sé qué tipo de sistema autoritario tendría que haber para acabar con todas las expresiones sociales que se han echado a andar en este estado de crisis. Creo en la posibilidad humana de adaptación. Lo veo en mis pacientes con cáncer terminal que habían tirado la toalla y, al trabajar con ellos, se vuelven a levantar. Esa evidencia me hace pensar que la capacidad humana de adaptación no tiene límites y que un estado social de cosas como la crisis es también un motor de la creatividad y la innovación social. Una situación crítica puede ayudar a una población a aprender nuevas maneras de enfrentar los viejos problemas. ¿Hacia dónde vamos? No lo sé, puede ocurrir cualquier cosa.

Suicidios en el Distrito Federal

SUICIDIOS EN EL DISTRITO FEDERAL						
Año	1990	1991	1992	1993	1994	1995 (primeros 3 meses)
Número de suicidios	75	103	112	140	164	72

Fuente: Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal. La cifra de 1995 cubre hasta el 26 de marzo.